

DAVID SCHWEICKART

# Crisis económica y ecológica: causas, causas profundas, soluciones<sup>1</sup>

Traducción de Olga Abasolo

*En este texto, el autor recorre los rasgos característicos y los numerosos y diversos valores, tanto económicos como no económicos, que convierten a la democracia económica en un sistema preferible al capitalismo. No solo es un sistema que puede resultar eficiente e innovador; sino que al ser más democrático, más igualitario y mucho más racional su desarrollo, evitaría nuestra vulnerabilidad ante una crisis económica como la actual puesto que excluye la existencia de mercados financieros privados, al no haber oportunidad para la especulación financiera. Para el autor, son tres las instancias básicas –los mercados de bienes y servicios, la democratización del lugar de trabajo y el control social de la inversión– las que constituyen rasgos definitorios de la democracia económica. Aquí profundiza en su análisis para definir un “nuevo socialismo”.*

**E**mpezaré este texto con una excelente cita de un mal economista: «Esta es, en mi opinión nuestra función fundamental: desarrollar alternativas a las políticas actuales, mantenerlas vivas y a nuestro alcance hasta que lo políticamente imposible sea políticamente inevitable».

David Schweickart es profesor de filosofía en Loyola University Chicago

Así se expresaba Milton Friedman, en el prefacio a la edición conmemorativa del XX aniversario de la publicación de su famoso manifiesto, *Capitalismo y libertad*, en 1962. Friedman reflexionaba sobre el tremendo cambio ideológico que había tenido lugar en menos de dos décadas desde los márgenes de la respetabilidad hasta la corriente dominante intelectual y política.

---

<sup>1</sup> First International Conference on Transformation. Institute for Critical Social Analysis of the Rosa Luxemburg Foundation, 13 de octubre de 2011.

El clima ideológico había sufrido un cambio espectacular entre 1962 y 1982. El paso del liberalismo keynesiano al “neoliberalismo” friedmaniano fue bastante repentino; la elección de Margaret Thatcher en Gran Bretaña en 1979 y de Ronald Reagan en EEUU un año más tarde, marcaron su inicio político. Constituyó una respuesta a la crisis que el liberalismo keynesiano se mostraba incapaz de resolver: la *estanflación*, una combinación de *aumento del desempleo* (que el keynesianismo se propuso paliar mediante el gasto deficitario y cuya cura se basaba en aumentar el déficit y aumentar la masa monetaria), y la *inflación* (que exigía exactamente lo contrario, superávit presupuestario y una contracción de la masa monetaria).

El neoliberalismo logró extender rápidamente su hegemonía política e intelectual por todo el mundo, como nunca antes. Los partidos tanto conservadores como socialdemócratas repetían hasta la saciedad eslóganes como “privatizar”, “desregular”, “dejar que opere la magia de los mercados”. A esta ideología le debería haber llegado ya su hora. Que el proyecto neoliberal esté en absoluta bancarrota (en un sentido tanto literal como figurativo) debería ser algo evidente para todos.

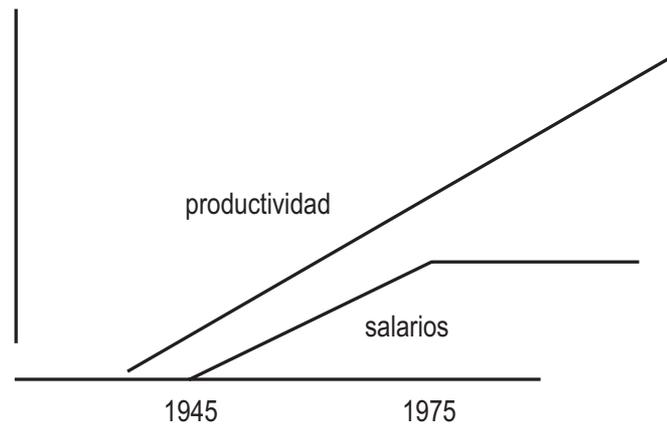
¿Volverá a estilarse el liberalismo keynesiano o quizá surja algo nuevo en el horizonte? Cabe afirmar con seguridad que volverán a probarse las políticas liberales keynesianas. Un buen ejemplo de ello son las propuestas de estímulo del presidente Obama. ¿Funcionarán? Hay razones fundadas para ponerlo en duda.

## La verdadera causa de la crisis actual

Es importante ahondar en las *causas profundas* de la actual crisis. (Me voy a centrar en el caso de EEUU ya que fue su situación la que disparó la crisis global; por lo tanto, es importante entender las causas evidentes de esa crisis, pero aún más importante, sus causas profundas, con sus ramificaciones de dimensión global).

¿Cuál es la “causa profunda” de la actual crisis? La recesión *no* se debe ni a los préstamos *subprime*, ni a la burbuja inmobiliaria. *No* se ha debido a la avaricia de Wall Street, ni a los “derivados” inteligentes amañados por el sistema financiero, ni si quiera la temeraria tendencia a la adquisición de préstamos desde prácticamente la totalidad de los sectores de la economía. Todos estos factores han jugado un papel, pero a lo sumo son causas que están más en la superficie.

Vamos a detenernos un instante en el siguiente gráfico:



Lo que muestra este gráfico (simplificado) es un crecimiento constante del output/rendimiento por trabajador en la economía estadounidense a partir de la segunda guerra mundial, y la trayectoria correspondiente de los salarios. Como puede apreciarse, los salarios aumentaron conjuntamente hasta mediados los años setenta, a partir de entonces dejaron de crecer. Con frecuencia se denomina a ese primer periodo de 1945-1975 como la “Edad de Oro” del capitalismo. Los trabajadores participaban en el crecimiento de la productividad que generaba la innovación capitalista. Pero este “contrato socialdemócrata” expiró a mediados de los años setenta.

A primera vista, pudiera parecer que a lo largo de las últimas tres décadas hubiéramos padecido una *crisis permanente de sobreproducción*: un exceso de bienes para un relativo poder adquisitivo. Con los salarios a la baja, ¿quién podría comprar un número de bienes siempre en ascenso?

Sin duda, los ricos se habían hecho mucho más ricos a lo largo del periodo pero su gasto no ha llegado ni de lejos a ser suficiente como para mantener la economía por el buen camino. También la gente corriente debía comprar más y más. Pero, ¿cómo? La respuesta es sencilla: mediante *préstamos*. La deuda de las tarjetas de crédito en EEUU ha aumentado siete veces desde 1975; los hogares liquidaron sus préstamos hipotecarios para poder financiar un mayor consumo; los estudiantes universitarios se endeudaron para pagar su educación, y crecieron aún más los créditos destinados a financiar automóviles. En términos generales, la deuda de los hogares experimentó un aumento brusco, de un 47% en 1975 a un 100% del PIB treinta años después.<sup>2</sup> En efecto, *la clase capitalista en vez de aumentar los salarios de los trabajadores para que estos dispusieran de dinero para comprar los bienes que ellos producían, les estaban prestando el dinero*. (Se ha producido una estafa análoga con el Gobierno. Los ricos, en lugar de pagar los impuestos que cubrirían el

<sup>2</sup> Barry Cynanon y Stephen Fazzari, «Household Debt in the Consumer Age: Source of Growth, Risk of Collapse», *Capitalism and Society* 3, núm. 2, 2008, p. 18.

gasto público, han *prestado* dinero al Gobierno, que este, por supuesto, debe devolver con intereses.)

Este juego no podía seguir por mucho tiempo. Los consumidores sobre endeudados empezaron a incurrir en impago. El sistema financiero se había convertido en una masa opaca de nuevos productos “innovadores” –valores garantizados por hipotecas, seguros contra el impago de deuda, vehículos de inversión especiales, etc., todos ellos basados en el apalancamiento de los créditos baratos que se desataron.

De modo que, en efecto, estamos ante una crisis, ¿cómo la resolvemos? Los expertos de la ideología dominante, al menos a los que les queda algo de sensatez, piden una vuelta al keynesianismo. El estímulo monetario: mediante el recorte de los tipos de interés de la Reserva Federal, obtener dinero para los bancos que atraviesan problemas. Estímulo fiscal: lidiar con el déficit público, creación directa de empleo. Estos *en efecto* serían movimientos en la dirección adecuada. Pero, como ya sabemos, la fórmula del keynesianismo ya se había aplicado, con resultados diversos. Todos tenemos el recuerdo de la Gran Depresión, y de la salvación del New Deal, que no fue tal. Por nobles que fueran, no serían los planes de creación de empleo del presidente Roosevelt los que nos sacaron de la Gran Depresión. En 1929, el desempleo en EEUU alcanzaba un 3%. En 1939, se mantenía en un 17%, un año después de la quiebra del mercado de valores. No salimos del bache hasta la segunda guerra mundial, esa inmensa movilización de millones de hombres enviados a luchar al extranjero, y los otros millones de personas que les proporcionaban los medios para hacerlo.

Pero no se producirá una tercera guerra mundial. El desarrollo tecnológico en la actualidad es demasiado destructivo como para que se contemple la posibilidad de una guerra entre las principales potencias. Esto, aun siendo una buena noticia para nosotros, los seres humanos, cierra una vía posible hacia la recuperación económica. Si, como he venido diciendo, es cierto que el problema a fin de cuentas es que los salarios sean tan bajos, ¿qué puede hacer el keynesianismo para solucionarlo? Si suben los salarios, las empresas sencillamente se irán a otro sitio. Esa amenaza ha logrado contener los salarios todo este tiempo. Ahora vivimos en un mundo capitalista *globalizado*. Las recetas keynesianas –diseñadas en su día en unas economías nacionales relativamente contenidas– ya no funcionan.

## Crisis ecológica

Lanzaré otra reflexión sombría. Supongamos que no estoy en lo cierto. Supongamos que volvemos a estimular el crecimiento de la economía global, y que somos capaces de mantener ese crecimiento. Lo dudo bastante, pero supongamos que me equivoco. Semejante situación nos enfrentaría cara a cara con una crisis de diferente índole, una crisis basada en

el hecho mismo del crecimiento ilimitado y despiadado: la crisis ecológica. Esta crisis es más real en un sentido profundo, que la actual crisis económica, puesto que tiene una base *material*, y no “meramente” estructural. Estamos *verdaderamente* agotando las fuentes de energía fósil, esquilmando las costas y los bosques, emitiendo demasiado metano y monóxido de carbono a la atmósfera, haciendo un uso excesivo del agua corriente, etc., etc.

---

**La clase capitalista en vez de aumentar los salarios de los trabajadores para que estos dispusieran de dinero para comprar los bienes que ellos producían, les estaban prestando el dinero**

---

Por supuesto, habrá quien opine que podemos abrirnos camino para salir de esta crisis invirtiendo en tecnología verde, pero tal opción está bien para los cuentos de hadas. Las tecnologías verdes son importantes. Ayudan. Pero a nadie que se tome esto en serio se le escapa que una solución a largo plazo requeriría un cambio del modelo económico hacia uno cuya salud no dependa del consumo en eterno crecimiento de las naciones ricas, consumo que además no nos hace más felices a los habitantes de esas naciones.

Estamos por tanto en una situación difícil. Quienes están preocupados por incrementar el empleo nos urgen a gastar, gastar y gastar, mientras los ecologistas contestan a gritos que nuestra adicción al consumo está acabando con el planeta. Ambas partes tienen razón. Es más, ambas desean alcanzar el mismo fin: una economía sana y estable, con pleno empleo y tan sostenible como para ser capaz de pisar ligera sobre nuestro frágil planeta. ¿Acaso no es esto lo que todos deseamos?

## Otro mundo, ¿es posible?

Un repaso a la historia mundial a lo largo de los últimos siglos nos muestra que hemos avanzado en términos de democracia. En la actualidad, la idea de que los pueblos tienen derecho a gobernarse a sí mismos ha alcanzado vigencia casi universal, y no tiene visos de debilitarse.

La democracia no solo se ha extendido geográficamente, sino que ha profundizado sus raíces en la mayor parte de los países. Se han abolido los derechos vinculados exclusivamente a la propiedad. Las mujeres han obtenido el derecho al voto. Las minorías raciales ya no están excluidas.

Esta profundización de los principios democráticos ha transformado la naturaleza del Estado. Ya no estamos dispuestos a tolerar que un Gobierno “minimalista” se limite a defen-

der las fronteras nacionales y el cumplimiento de la ley y el orden. Se supone que el Estado deberá proveer algunos servicios económicos: garantizar que nuestros hijos e hijas reciban una educación, que nuestros ancianos obtengan sus pensiones, que nuestros lugares de trabajo sean seguros, nuestros salarios estén por encima del “mínimo” indispensable, y que el aire que respiramos y el agua que bebemos estén limpios, y demás.

Esta extensión de la democracia en el ámbito de la economía dista mucho de haber sido total. Evidentemente, los intentos de ampliarla en este sentido obtendrán resistencias. Los derechos democráticos rara vez han sido obtenidos sin previa lucha. Siempre se argumentará que una mayor democratización no sería viable y, que de ponerse en práctica, las consecuencias serían nefastas. Siempre se esgrimirán argumentos de este tipo y, sin embargo, al menos hasta la fecha, sus defensores (y los poderes a los que representan) no han sido capaces de frenar la marea democrática.

En mi opinión, en el horizonte aguarda una democracia mucho más plena *económicamente*. Probablemente, aún nos quede un trecho para llegar a ella, aunque es preciso tener en cuenta que el ritmo de la historia no es constante. Los periodos largos de relativa estabilidad estructural han estado salpicados por periodos de rápida transformación. (Pensemos en el repentino y por completo inesperado colapso del imperio soviético.) En cualquier caso, somos capaces de discernir –incluso en el tiempo presente, y si acertamos a hacerlo en la dirección adecuada– experiencias económicas, reformas políticas y reinterpretaciones intelectuales que apunten a una formación económica muchísimo más democrática que la que tenemos hoy; una alternativa económica que supere el capitalismo, y que de hecho sea una forma de socialismo.

¿Es esta alternativa posible? Estas son palabras de Paul Krugman (uno de los mejores y más destacados economistas de nuestro tiempo, y merecedor recientemente del premio Nobel de economía) publicadas en un libro suyo hace tres años:

«¿Quién es capaz hoy en día de utilizar el término socialista sin inmutarse? Como miembro de la generación del *baby boom*, aún recuerdo cuando la idea de la revolución, y de unos valientes empujando la historia hacia delante aún tenía cierto *glamour*. En la actualidad, es una broma de mal gusto... Lo cierto es que en la oposición al capitalismo ya no palpita corazón alguno.»<sup>3</sup>

Sin embargo, cambia de tono, sorprendentemente, en el siguiente párrafo:

«El capitalismo está a salvo, no solo por sus éxitos logrados –que han sido reales– sino porque no hay alternativa plausible. *Esta situación no durará eternamente*. Con toda seguridad, se pro-

---

<sup>3</sup> Paul Krugman, *The Return of Depression Economics and the Crisis of 2008*, Norton, NuevaYork, 2009, p. 14.

ducirán otras ideologías, *otros sueños*, y emergerán más pronto que tarde si persiste y se agudiza la actual crisis económica.»

## Democracia económica: el modelo fundamental

Existen *otros* sueños, y emergen más pronto que tarde. Voy a esbozar uno de ellos, un orden económico que nos podría llevar a superar el capitalismo. Llamémoslo *democracia económica*, ya que extiende la democracia hasta ámbitos que se hallan esencialmente fuera de los límites del capitalismo. No empezaré por esbozar un modelo abstracto, sino por lo que hemos aprendido a la luz de las experiencias económicas del siglo pasado.

Ahora sabemos que los mercados competitivos son esenciales para que funcione una economía compleja y desarrollada. Esta es la lección *negativa* de los experimentos socialistas del siglo XX. Los mercados no pueden ser sustituidos por completo por la planificación estatal. Por lo tanto, la democracia económica sería una economía de mercado competitiva.

Ahora sabemos que es esencial cierto tipo de regulación democrática de los flujos de inversión para un desarrollo racional, estable y sostenible, tanto para cada país como para el conjunto de la economía mundial. Esta es la lección *negativa* de las experiencias neoliberales de los últimos treinta años, que culminan ahora en una crisis global. (¿Podría alguien hoy tan si quiera pretender que los mercados financieros distribuyeran el capital eficientemente?)

Hay un elemento más que sabemos, por lo menos quienes nos dedicamos a estudiar estas cosas. Lo cierto es que la mayor parte de la gente *no* conoce este hecho importante.

Sabemos que las empresas productivas pueden tener una gestión democrática sin que se pierda prácticamente en eficiencia, más bien al contrario, y con una considerable mejora de la seguridad del empleo. Esta es la lectura positiva que se puede extraer de un montón de experiencias recientes de organización alternativa de los lugares de trabajo. Surge entonces una pregunta delicada. ¿Cómo es posible que en países (como el mío) que celebran e incluso divinizan la democracia y nos permiten elegir a nuestros alcaldes, al Gobierno central y a los legisladores locales y unos líderes nacionales capaces de enviarnos a que nos maten o a matar a otros... cómo es posible que en un país así *no podamos elegir a nuestros jefes en el lugar de trabajo?*

La respuesta obvia es que la democracia en los centros de trabajo no funciona, los trabajadores carecen de las competencias y de la autodisciplina para elegir a los buenos gestores. El problema que plantea esta respuesta tan obvia es que es empíricamente falsa. El mundo está lleno de empresas de éxito que están dirigidas por los trabajadores. Se han rea-

lizado numerosos estudios en este sentido. Hasta donde yo sé no hay un solo estudio comparativo que haya demostrado que el modelo autoritario (i.e., el capitalista) sea superior al democrático.<sup>4</sup>

Este resultado no sorprende a los estudiosos de la democracia. Sin duda, la democracia plantea problemas. El exceso de debate puede consumir mucho tiempo, y dificultar que se pongan en marcha las actuaciones oportunas. El buen liderazgo puede verse mermado si carece de autonomía. Las mayorías pueden llegar a oprimir a las minorías. Estos problemas son habituales en todas las democracias, y tienen solución. Deben ponerse en funcionamiento las estructuras representativas necesarias; la dirección necesita autonomía suficiente para tomar decisiones difíciles sin que se les rete cada vez; es preciso que existan leyes que protejan los derechos de las minorías.

La democracia en los centros de trabajo funciona con unas estructuras adecuadas. No se trata de un funcionamiento perfecto. En ocasiones, se elige a gestores incompetentes. Otras no se toman las decisiones adecuadas. Las empresas democráticas a veces fracasan. Sin embargo, parece que el dictado de Churchill sigue vigente: «La democracia es el peor de todos los sistemas políticos, con excepción de todos los restantes».

¿Qué cambios podríamos vislumbrar que pudieran llegar a transformar nuestro capitalismo actual en una economía *democrática*, capaz de conservar las fortalezas de la eficiencia capitalista, pero que mitigue sus rasgos más preocupantes? Empecemos por los elementos básicos. Obviamente, se trata de una foto simplificada. Cualquier instantánea de la realidad sería más compleja. Pero, para empezar a perfilar una alternativa viable al capitalismo, tenemos que empezar por analizar su forma más elemental, y que se compone de tres elementos:

1. Un mercado de bienes y servicios, que sería básicamente el mismo al que se produce bajo el capitalismo.
2. Democracia en el lugar de trabajo, que sustituiría a la institución capitalista del trabajo asalariado.
3. Control democrático de la inversión, que sustituiría a los mercados financieros capitalistas.

A continuación, desarrollaré brevemente cada una de estas instituciones clave:

1. La experiencia histórica nos ha demostrado claramente que los mercados son un componente necesario para que el socialismo sea viable. La planificación central no funciona

---

<sup>4</sup> Para algunas muestras de datos véase mi *After Capitalism*, Rowman and Littlefield, Lanham, MD, 2002, pp. 60-62. Véase también, Gregory Dow, *Governing the Firm: Workers' Control in Theory and Practice*, Cambridge University Press, Cambridge, 2003.

en una economía sofisticada. Son demasiado grandes los problemas que se plantean en términos de conocimiento e incentivo. Pero estos mercados deberían limitarse en buena parte a los bienes y servicios. No deberían incluir al trabajo ni al capital.

2. En la democracia económica, las empresas no se consideran entidades que puedan comprarse o venderse sino como comunidades. Si una empresa te contrata, uno tiene derecho a votar a los miembros de un consejo de trabajadores. Este consejo nombra a los cargos directivos y supervisa las decisiones empresariales importantes. Aunque se permite a los gestores un grado de autonomía, en un último término son responsables ante los trabajadores, una persona-un voto. Los beneficios de la empresa también se reparten entre los trabajadores, no reciben un salario pactado, sino una parte de los beneficios. El reparto no tiene que ser equitativo, pero los ingresos de todos están vinculados directamente a la productividad de la empresa, de ahí el incentivo de trabajar diligente y eficientemente, y de asegurarse de que los otros compañeros también lo hagan.
3. Para que una economía se desarrolle racionalmente es necesario algún tipo de control democrático de la inversión. Pero el control de la inversión es sumamente difícil si los propios fondos de inversión surgen de manos privadas. La solución a este problema es sencilla. Evitar la dependencia de los *inversores privados* y generar los fondos de inversión por la vía pública, a través de medidas fiscales. La iniciativa más eficaz en este sentido sería gravar los *activos de capital*, un impuesto de tipo fijo sobre la propiedad aplicable a todas las empresas. *Todos* los ingresos derivados se reinvertirían en la economía. Cada región del país tiene derecho a obtener su parte per cápita. Los fondos se destinan a la *banca pública*, que los canalizan de nuevo a la economía, basándose en criterios tanto sociales como económicos entre los que se incluye la creación de empleo y la sensibilidad ecológica a la hora de conceder préstamos.

¿Funcionaría una economía estructurada de acuerdo a estas premisas? En la actualidad disponemos de datos empíricos suficientes que respaldan firmemente que el funcionamiento de una economía de estas características sería mejor que el del capitalismo. Sabemos mucho sobre cómo *regular* una economía de mercado. (Sabemos que el *laissez-faire* no funciona.) Existe abundante literatura sobre empresas propiedad de los trabajadores y gestionadas por trabajadores. (Sabemos qué problemas tienden a surgir y cómo afrontarlos.) Han sido muchos los intentos de planificación macroeconómica, que con frecuencia han supuesto la distribución de los recursos de inversión. Sabemos que es posible hacer una planificación inteligente de la inversión.

## Democracia económica: dos complementos

Las tres instancias básicas, los mercados de bienes y servicios, la democratización del lugar de trabajo y el control social de la inversión constituyen rasgos definitorios de la democra-

cia económica, pero nuestro “nuevo socialismo” debería incorporar otras estructuras. Comentaré brevemente dos de ellos.

### ***El Gobierno/Estado como empleador de último recurso***

Uno de los principios del socialismo ha sido que todo aquel que quisiera trabajar pudiera obtener un empleo, un genuino *derecho al trabajo* para todos. El desempleo de larga duración e involuntario no es solo un derroche en términos sociales sino que puede resultar devastador en términos psicológicos. La sociedad te interpela en estos términos: «No tienes nada de valor que ofrecernos. Podemos dignarnos a mantenerte con vida, pero eres fundamentalmente un parásito que consume sin producir nada». No es de extrañar, por lo tanto, que el desempleo provoque patologías sociales.

Sin embargo, la solución es sencilla. El Gobierno podría hacer las veces de empleador de último recurso. Si una persona no encuentra trabajo, el Gobierno podría proporcionarle uno decente, aunque a cambio de un salario bajo, y que tuviera una utilidad social.

### ***Un sector capitalista-emprendedor***

Desde mi punto de vista, la crítica que Karl Marx hace del capitalismo es insuperable, sin embargo, hay un aspecto económico que Marx ignoró por compelo, a saber, la función social del *emprendedor*. El análisis de Marx se centraba en el capitalista *como* capitalista, es decir, como el proveedor de capital. Se trata de una función *pasiva*, que puede ser asumida fácilmente por el Estado, como el caso del modelo elemental que ya he descrito.

Sin embargo, *algunos* capitalistas ejercen otro rol, uno creativo y *emprendedor*. Se trata de un rol que asume un gran número de individuos en una sociedad capitalista, en particular los “pequeños capitalistas” que montan sus pequeños negocios, pero también algunos “grandes capitalistas”; individuos que convierten algunas ideas innovadoras en importantes industrias y cosechan una fortuna a raíz de ello. Claramente, toda sociedad que aspire a ser tecnológicamente innovadora y dinámica deberá aportar incentivos para estas iniciativas.

Si bien la democratización del lugar de trabajo debería ser la norma en toda la sociedad, no sería razonable exigir que *todos* los negocios se ajusten a esta norma. A fin de cuentas, el pequeño capitalista trabaja duro. Dirigir un negocio exige energía, iniciativa e inteligencia. Estos pequeños negocios generan un gran número de empleos, y aún más bienes y servicios.

Los pequeños capitalistas proporcionan importantes servicios a la sociedad, pero su aportación es menor en términos de innovación tecnológica y organizativa. En una sociedad socialista los capitalistas emprendedores que operan a una mayor escala jugarían un papel honroso. La clase capitalista emprendedora no tiene por qué suponer una grave amenaza en una sociedad en la que predominaran los centros de trabajo con un funcionamiento democrático. Las empresas democráticas, cuando cuentan con igual acceso a la inversión de capital, no tienen que temer la competitividad por parte de las empresas capitalistas.

---

**En una empresa democrática, los salarios no son un coste de producción. Los trabajadores reciben una parte específica de los beneficios y no un salario; los aumentos de productividad son captados por la mano de obra de la empresa**

---

Es más, cabe pensar en mecanismos legales sencillos para controlar a esta clase capitalista. El problema fundamental de los capitalistas bajo el capitalismo no es su función activa y emprendedora (función que en la práctica desempeñan muy pocos capitalistas), sino su función pasiva como proveedores de capital. El proyecto de democracia económica propone sustituir racionalmente esta función a través del impuesto sobre los activos de capital. Es decir, que el truco está en desarrollar un mecanismo que evite que el capitalista activo y emprendedor se convierta en uno pasivo y parasitario. Es fácil imaginar el funcionamiento de este mecanismo: una ley sencilla, en dos partes, que estipule que: a) la empresa desarrollada por un emprendedor capitalista puede venderse en cualquier momento, *pero solo al Estado*, por un asuma equivalente al valor de los activos sobre los que se paga el impuesto sobre los activos de capital, y b) la empresa *deberá* venderse al jubilarse o fallecer su propietario. Cuando el Estado compra una empresa, se la pasa a los trabajadores para que la dirijan democráticamente.

Así, los capitalistas emprendedores cumplen dos funciones útiles y honrosas. Son una fuente de innovación y de nuevas empresas democráticas, por lo que juegan un papel significativo en nuestra economía democrática.

## **Democracia económica y crisis económica**

Ya he defendido en otros lugares que son numerosos y diversos los valores tanto económicos como no económicos que convierten a la democracia económica en un sistema preferible al capitalismo. No solo es un sistema que puede resultar eficiente e innovador; es mucho más democrático, muchísimo más igualitario y su desarrollo es mucho más racional.<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> Véase *After Capitalism*, o, para un análisis más técnico, *Against Capitalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

Además, no sería vulnerable a las crisis descritas. No seríamos vulnerables al tipo de crisis *económica* que experimentamos en la actualidad. La razón es muy sencilla: no habría mercados financieros privados. Los mercados de bienes y servicios seguirían existiendo, pero no habría mercados de valores, ni mercados de bonos, ni *hedge funds* ni “bancos de inversión” privados que amañaran obligaciones de deuda colaterales, permuta de divisas y toda una miríada de derivados que obsesionan a los banqueros inversionistas de hoy. Por lo tanto, *no habría oportunidad para la especulación financiera*.

El sistema financiero sería bastante transparente. El impuesto sobre los activos de capital se recauda de las empresas, posteriormente se presta a las empresas que quieran expandirse o a individuos que quieran emprender nuevos negocios. Los oficiales de préstamo son funcionarios públicos cuyos salarios dependen del desempeño de los préstamos. Es decir, estos son materia de dominio público, como lo es su desempeño. En una democracia económica no hay cabida para las *misteriosas finanzas*.

Entre las muchas fortalezas de la democracia económica no solo está la inmunidad a la especulación. Aún más importante que ello es que no sea vulnerable a un *problema profundo* que ya hemos tenido en cuenta: una demanda efectiva insuficiente debida, en último término, al hecho de que los salarios tiendan a no aumentar al mismo ritmo que la productividad. En una empresa capitalista, los salarios son un coste de producción, por lo que los capitalistas procuran mantenerlos bajos. Sin embargo, en una empresa democrática, los salarios *no* son un coste de producción. Los trabajadores reciben una parte específica de los beneficios y no un salario, de modo que todos los aumentos de productividad son captados por la mano de obra de la empresa.

Como ya hemos visto, el capitalismo se enfrenta a un problema aún más profundo que la causa de la actual crisis económica que nos atenaza. Si en efecto logramos que nuestras economías vuelvan a crecer (y de hecho, aunque no lo logremos), pronto nos enfrentaremos a una crisis ecológica (o, para ser más precisos, a varias crisis ecológicas, de magnitud global algunas, otras menores, otras de escala regional).

La democracia económica se posiciona en un lugar bastante más ventajoso a la hora de evitar la crisis ecológica. Permite alcanzar el objetivo de un desarrollo sostenible, equitativo, saludable en lugar de mantener un consumo descerebrado que no logra hacer felices a las personas.

Por otra parte, dado que los fondos para la inversión no provendrían de los inversores privados, la economía no está secuestrada por “la confianza de los inversores”. No nos preocuparía que una recesión económica asustara a los inversores hasta el punto de que retiraran su dinero de los mercados financieros hasta desencadenar una recesión. No existirían

los inversores privados. La democracia económica puede ser un modelo saludable, sostenible y “de crecimiento cero”, algo imposible en el capitalismo.

De hecho, “crecimiento cero” es un nombre poco apropiado. En el modelo de democracia económica los aumentos de productividad se podrían traducir en un aumento del ocio en lugar de un consumo en eterno crecimiento. Al introducir una tecnología más productiva en una empresa democrática, los trabajadores pueden optar por canjear los beneficios por semanas laborales más cortas, o vacaciones más largas, en lugar de por ingresos más altos, algo impensable en una empresa capitalista. Dada la importancia de una reducción del consumo excesivo, el Gobierno podría fomentar esas opciones de ocio frente a las opciones de consumo. Y podría hacerlo sin que la posibilidad de una recesión fuera motivo de preocupación. La economía seguirá experimentando un “crecimiento”, pero este se traducirá en un aumento, sobre todo, del tiempo libre, y no del consumo.

## Conclusión

Es interesante llamar la atención sobre el hecho de que John Maynard Keynes, el mayor economista del siglo XX ya anticipó la posibilidad de una economía basada en el ocio. En un relevante ensayo que escribió al comienzo de la Gran Depresión especulaba sobre «Las posibilidades económicas de nuestros nietos», y ofrecía la siguiente predicción sobre el aspecto que tendría nuestro mundo un siglo después:

«Utilizaremos la recién descubierta recompensa de la naturaleza de un modo bastante distinto al que lo hacen los ricos de hoy, y esbozaremos un plan de vida bastante distinto al suyo... el trabajo que quede por hacer será lo más compartido posible, en turnos de tres horas o en semanas laborales de quince horas... Nuestra moral también cambiaría enormemente... Nos imagino libres de retomar algunos de los principios más claros y certeros de la religión y de la virtud tradicional: que la avaricia es un vicio, que la extracción de la usura es un delito menor, y que el amor por el dinero es detestable, y que aquellos que más sinceramente toman las sendas de la virtud y de la sana sabiduría son los que menos piensan en el día de mañana... Honraremos a quienes puedan enseñarnos a aprovechar cada hora y cada día en la virtud, esas gentes deliciosas capaces de disfrutar plenamente de las cosas.»<sup>6</sup>

Keynes escribió estas palabras en 1930, en un momento en el que «la depresión mundial, la enorme anomalía del desempleo, los desastrosos errores que hemos cometido, nos ciegan e impiden que veamos *lo que sucede bajo la superficie*.<sup>7</sup> La proyección de Keynes

<sup>6</sup> John Maynard Keynes, «Economic Possibilities for Our Grandchildren», en *Essays in Persuasion*, Norton, Nueva York, 1963, pp. 368-372.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 359.

era a cien años vista, es decir, para el 2030, que ya no es para nosotros un futuro lejano. Deberíamos preguntarnos si en este mismo momento «estarán pasando cosas bajo la superficie» que pudieran darnos un mundo sostenible, democrático, humano. Deberíamos preguntarnos por lo que podemos hacer, ahora, para acelerar la llegada de un mundo así.

Este texto podría concluir con un dictado esperanzador, pero no puedo evitar incluir un poema que leí hace poco y que no ha dejado de rondarme. Lo escribió Kurt Vonnegut, autor de *Slaughterhouse Five*, una novela cuya narración sobre la experiencia de primera mano de los bombardeos de Dresde influyó mucho sobre mi generación. El poema se publicó un poco antes de su muerte, en 2007. No es un poema alegre. Se titula «Requiem».

*The crucified planet Earth,  
Should it find a voice  
And a sense of irony,  
Might now well say  
Of our abuse of it,  
“Forgive them Father,  
They know not what they do.”*

*The irony would be  
That we know what  
We are doing.*

*When the last living thing  
Has died on account of us,  
How poetical it would be  
If Earth would say,  
In a voice floating up  
Perhaps  
From the floor  
Of the Grand Canyon.  
“It is done.”  
People did not like it here.<sup>8</sup>*

¡Es mucho lo que está en juego! Y, una última cita:

«Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo *de distintos modos*; de lo que se trata es de transformarlo».

Karl Marx

<sup>8</sup> «El crucificado planeta Tierra, / Debería encontrar una voz / Y sentido de la ironía / Para poder decirnos / Ahora que ya hemos abusado de él: / “Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen” / La ironía sería / Que sí sabemos / Lo que hacemos / Cuando el último bicho viviente / Haya muerto por nuestra culpa / Qué poético sería / Si la Tierra pudiera decir / Con su voz alzándose / Tal vez / Desde el fondo del Gran Cañón / “Se acabó” / A la gente no le gustaba estar aquí» [[http://elpais.com/diario/2006/09/23/babelia/1158968356\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2006/09/23/babelia/1158968356_850215.html)].